

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/>

## ¿De dónde son los suicidas?

Por: Ramón Ordaz

*Seul le silence est grande: tout le reste est faiblesse*

Alfred de Vigny

**C**ae la tarde sobre la ciudad. La niebla recorta la vista del paisaje. Desaparece el reino florecido de los montes. Sinuosos, los grises dan contorno a la noche. Lluve tenuemente. La mirada queda encastillada entre las perversas flores de agua. Cautivos, reos de inesperada ronda, entramos en los dominios del silencio.

¿Por qué Mérida, tan legendaria, tan señorial, cálidamente fría: antigua, recoleta, bajo el espirit y el recuerdo inevitable de un lírico viaje al amanecer, puede perturbar nuestra conciencia presente, mientras la mirada contempla y festeja la recuperación de los pinos quemados, y la memoria celebra el viaje didáctico a San Javier del Valle, parca palabra entre los fresnos, del gentilísimo poeta Ramón Palomares? ¿Por qué Mérida, en la orilla del grito y el abismo? ¿Por qué la huidiza, sarcástica sentencia del poeta José Antonio Castro, hablándonos una noche en Maracaibo de los perros suicidas de Mérida? ¿Por qué esa desmesura, esa sórdida cotidianidad de ejecutorias de personas de intempestivo adiós a la vida? ¿Qué desasosiego, qué morbo fúnebre y colectivo, se hace vigilia, insomnio en las ventanas abiertas de los amantes?

¿Por qué ese descenso, ese paso insondable? Las palabras son impotentes ante tanto escándalo. Preferimos dar relectura al libro del poeta Gregory Zambrano, *Dominar el silencio*, y conversar -ni sé si fraternalizar- con los recogidos ecos que fulgen dolorosos en los acertados versos de su libro. Conocíamos el de sus inicios, *Vispera de la ceniza*, pero con la edición de su segundo poemario por la editorial

Mucuglifo, el poeta se instala con voz propia en el concierto de su ciudad.

Más de veinte suicidios en los días del año que corre, cuenta aparte de que las estadísticas anteriores no son gratificantes ni saludables; si no es para alarmarse, al menos es para cruzar nuestra voz interior de infelices interrogaciones. Más temprano que tarde llega a nuestras manos el poemario de Gregory Zambrano. Justo la respuesta intersubjetiva del poeta. En el pórtico del libro, Zambrano nos ofrece un epígrafe de la poetisa argentina Alejandra Pizarnik, lo que nos señala y adelanta, difícil navegación, el periplo de su poemario: “La muerte ha restituido al silencio su prestigio hechizante”, escribe la autora en *Fragmentos para dominar el silencio*, de donde toma Gregory el título para su libro.

Ejerce la voz lírica de álter ego, de atemporal conciencia trascendente que disconforme, acusa una frágil presencia entre los quehaceres cotidianos de los hombres; plenitudes arrojadas al vacío que pueden preguntar calculadoramente, como en el poema a “Miyó Vestrini”: “No temas da vuelta a la baraja/¿Verdad que es sólo un sueño?”.

En Homenaje, primera parte del libro, ponderados nombres de la literatura de aquí y de allá –Eurídice, Dido, Fernando Pessoa, Alfonsina Storni, Javier Heraud, Ana Cristina César, Carlos Rodríguez Ferrara, Gelindo Casasola, Atilio Storey Richardson, Miyó Vestrini, Ramos Sucre, César Dávila Andrade– suicidas, si se quiere a su manera ¿cuál no tiene su manera?, condensan un acto respetable, incuestionable, sagrado, mítico.

Las parejas Orfeo-Eurídice, Eneas-Dido, binomio que preside una vasta galería tanto en la literatura como entre los mortales, tiene en la primera parte (Homenaje), como en la tercera (Elegías), al mito de Ícaro como telón de fondo de una conciencia mítica, planetaria, de la que Zambrano, en uno de los poemas más redondos de su libro, nos da la clave ancestral:

*Ícaro siempre arriba  
más cerca del cielo  
que de la rosa*

*ala finísima*

*estruendo*

*lo demás es silencio*

Olas o rocas, lo mismo da en la caída, entendida ésta en su más profunda existencial de ruptura, o mejor, como augusta historia de la lucidez del *Homo sapiens*. Ícaro, tal vez el primer suicida, imitó al pájaro y en su arrojó dejó a la humanidad una imperecedera alegoría de la libertad. Héroes o locos, la civilización se debe a los suicidas, a conciencia de que, como dice Amado Nervo, “La cordura y el genio son novios; pero jamás han podido casarse”. Ellos han hecho posible el espacio que sus semejantes recorren holgadamente entre cielo y tierra.

Sobre este punto es difícil establecer un corolario. A propósito de Pavese, su vida y su obra la hemos visto como «el suicidio de vivir». Y es que vivir, sin retóricas ni arabescos, ¿cuándo no ha sido un riesgo? Recordamos el ejercicio metódico, de aprendizaje cotidiano, cuaderno de notas bajo el brazo, que plasmaba en su oficio esa especie *sui generis* de chileno que pasó por Venezuela y que se llamó Martín Cerda. ¿Dónde habrán ido a parar sus cuadernos de notas sobre los suicidas? ¿Era Breton quién interrogaba las pasiones y las incertidumbres de Rigaut y Crevel? La danza del mundo ¿qué tiene que ver con la muerte de Esenin? Maiakoski, esa niebla de una época como señala Kundera, ¿a cuántos nos importa? ¿Quién ha dado respuestas a las quimeras de ese ahorcado que se llamó Gerard de Nerval?

Entre la soledad y la putrefacción de un mundo naciente –“porque se extingue el oro de los días”– ¿quién entiende la razón del suicidio de Georg Trakl? ¿Cuál frontera quedó a Walter Benjamín? ¿A qué olía el hotel donde Pavese estampó su firma por última vez? Rimbaud, Van Gogh, Artaud ¿no intercambiaron, en cierto modo, sus atavíos? ¿Pudo acaso José Asunción Silva soportar el largo nocturno de su vida? Resistió menos la pasión de Werther «la generación decapitada» de Ecuador, uno de cuyos ángeles, Ángel Medardo Silva, declaraba con exultación en un soneto:

*Mi corazón no es cuerdo  
(claro, si es poeta)*

*quinta esencia el dolor en  
verso exquisito.*

*Como el clown de Banville, él  
hará una pirueta*

*y de un salto mortal volará al  
infinito.*

¿Acabó la errancia y el bilingüismo con José Marra Arguedas? Y sin embargo, adiós chilena, «nunca olvidaré tus ojos verdes». Patagónico, crucial, monstruoso, ideologizante, único, de un balazo Pablo de Rokha dio el salto al vacío. Desde la cama de un hospital. José Antonio Ramos Sucre, circunspecto, de insomne claridad, con soberanía de lenguaje, invocaba su final como deslumbradora redención:

*Cuando la muerte acuda finalmente a mi ruego y sus avisos me hayan habilitado para el viaje solitario, yo invocaré un ser primaveral, con el fin de solicitar la asistencia de la armonía de origen supremo, y un solaz infinito reposará mi semblante.*

El silencio siempre es un escándalo. Sus signos son una transgresión. Por inhabitable. Por insoportable. Su “concreción” es vértice, tránsito fugaz; lugar de lo inasible, lo inestable; donde el ser es morbo sin palabra, donde el gozo es por despecho, por ruina, por hastío, por desilusión, por nada, *ihorror vacui!*, ipor nada!

Y así, con la muerte, contra la vida, el silencio es un espacio de creación; un lugar, como ya anotamos, de absolución, en las inextricables vertientes de sus abismos; por lo mismo es el lugar del suicida, del hablante más lúcido, bajo una acción que se vuelve anónima, a la par que nos recrimina, nos pone en un brote. Nos presenta el poeta Gregory Zambrano, en su conjuración intermedia y plenipotenciaria, «Canción del suicida», un rasgo intermitente, ¿lance, azar de un atavismo?:

*Esta ciudad es sólo  
la lumbre de unos ojos  
el neón  
los semáforos  
Una invitación a la carda  
las sombras  
y todo lo que habrá de redimir  
el infinito adiós*

La “Palabra final” de Gregory Zambrano apunta hacia la vida, «siempre la vida», en su trepidante bullir en las esferas de lo conocido y lo desconocido. Y en su exorcismo para dominar el silencio, tiene para hacer suyas las palabras del poeta Enrique Molina: “MI sangre ha bebido la savia de la comarca”.

[Publicado en *Predios* (Upata), núm. 10, diciembre de 1995, pp. 58-59].